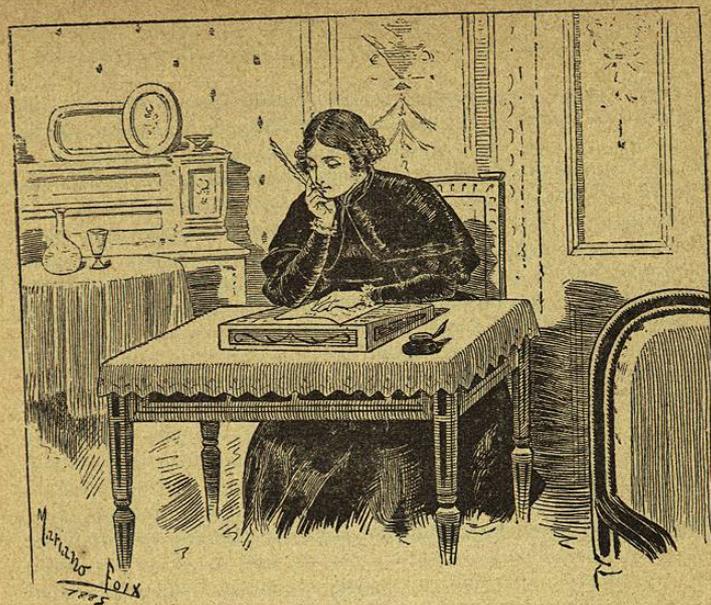


gente, metíase en una de las góndolas amarradas á la puerta del palacio, siempre á disposición de la familia, é iba á visitar todos los rincones de aquella extraña ciudad. Algunos paseantes que la encontraban á menudo preguntábanse quién era aquella pequeña joven que siempre iba sola, mirando á su alrededor con aire sorprendido. Otras veces, la excosturera se complacía en permanecer en su sitio favorito, que era un gran balcón de piedra, ennegrecida por los años, de estilo oriental; la niña Dórrit parecía allí aun más pequeña de lo que era, y como siempre ocupaba el mismo puesto, los paseantes se acostumbraron á verla, tanto que al pasar por delante del balcón nunca dejaban de levantar la cabeza para mirarla, y más de cuatro murmuraban: «¡La inglesita!... ¡siempre tan sola!»

Pero la joven parecía no verlos; absorbíase en muda contemplación cuando los últimos rayos del astro rey iluminaban los magníficos paisajes; miraba después las negras góndolas que pasaban por debajo de su balcón, conduciendo á los convidados al concierto ó al baile; y al fijar su vista en las estrellas, pensaba que eran las mismas que habían brillado cierta noche que ella fué á un baile imaginario, aquella noche que debió pasar junto á la verja de la prisión, sirviendo de almohada á la pobre Maggy. Y entonces acordábase también de todos los incidentes de otra época de su existencia, y fijando su vista en las aguas, absorta en sus reflexiones, imaginaba que la corriente iba á retirarse, dejando ver la Mariscalía, los presos que la ocupaban, sus visitantes, y todas las positivas y permanentes realidades que no habían cambiado jamás.



CAPITULO IV

Una carta de la niña Dórrit

«Querido señor Clennam: Le escribo en mi propia habitación, en Venecia, pensando que le agrada recibir noticias mías; de todos modos, sé que no puede usted tener tanto gusto en recibir mi carta como el que yo tengo en escribírsela, pues nada ha cambiado en cuanto le rodea, ni echa usted de menos alguna cosa... como no sea mi ausencia, lo cual no le sucederá seguramente sino á largos intervalos y sólo por espacio de algunos minutos...; mientras que en mi nueva existencia, por demás extraña, me faltan muchas cosas.

»Cuando estábamos en Suiza (me parece que le hablo de años atrás aunque sólo han transcurrido algunas semanas,) encontré á la señora Gowan, que había emprendido, como nosotros, una excursión á los Alpes; y entonces me encargó que escribiese á usted para darle las más afectuosas gracias, diciéndole que no le olvidaría jamás. Esta señora me mani-

festó mucha confianza, y la amé desde que cambiamos las primeras palabras, lo cual no tiene nada de particular, pues, ¿quién no simpatizaría con tan bella y amable persona?

»No quisiera infundirle la menor inquietud respecto á la señora Gowan, porque recuerdo que usted me dijo que le profesaba una amistad sincera; pero debo confesarle que para mí hubiera deseado otro esposo de mejor condición. El señor Gowan parece amar á su mujer, y naturalmente ésta le ama mucho; mas no me ha parecido bastante formal... no quiero decir en su afecto, sino generalmente hablando; de modo que no he podido menos de pensar que si yo fuese su esposa (¡qué metamorfosis si cupiera en lo posible!) me creería algo abandonada por falta de un compañero de carácter más reposado. Hasta he creído notar que ella echaba de ver este vacío, casi á pesar suyo; pero esto no debe inquietar á usted, porque asegura que es muy feliz, y hasta ahora goza de buena salud.

»Espero encontrarla pronto, y seré para ella, por complacer á usted, una amiga tan fiel como se pudiera desear. Querido señor Clennam, segura estoy de que usted no reconoce como mérito haber sido mi amigo cuando no tenía otro; tampoco los tengo hoy, pero aunque así fuese, le estoy muy agradecida y nunca le olvidaré.

»Quiero saber, pero sin que nadie me escriba, cómo les va á los esposos Plornish en el comercio en que mi padre los estableció, y cómo sigue el anciano Naudy. No puedo contener las lágrimas que se agolpan á mis ojos cuando pienso en la pobre Maggy, que seguramente echará mucho de menos á su madrecita á pesar de las atenciones que con ella puedan tener. ¿Quiere usted decirle en confianza de mi parte que la amo siempre, y que nunca podrá sentir nuestra separación tanto como yo la siento? ¿Quiere usted decirles á todos que pienso en ellos todos los días, y que mi corazón se conservará fiel á su recuerdo, sea cual fuere el país dónde me halle? ¡Oh! si usted supiera hasta qué punto soy fiel, seguramente me compadecería por hallarme tan lejos de ellos, así por la distancia como por la fortuna.

»Segura estoy de que le complacerá saber que mi querido padre sigue perfectamente, que le han aprovechado todos los cambios, y que es muy distinto de lo que era cuando usted le conoció. Mi tío parece haber mejorado también; pero así como en otro tiempo no se quejaba nunca, tampoco ahora manifiesta la menor alegría. Fanny, siempre graciosa é inteli-

gente, puede ya hacer de señora naturalmente, y parece acomodarse á nuestro nuevo género de vida á maravilla.

»Esto me recuerda que aun no he conseguido imitarla en esto y que no confío lograrlo nunca, me temo que soy incorregible y que no he de aprender nunca nada. La señora General está siempre con nosotras; hablamos francés é italiano, y parece tener empeño en perfeccionar nuestra educación. Cando digo que «hablamos» estos dos idiomas, refiérome á Fanny; y á los demás, pues en cuanto á mí, hago muy pocos progresos. Si me da por combinar proyectos y hacer castillos en el aire, mis ideas siguen el rumbo de otras veces; me inquieto por el gasto diario de mi padre, por mi trabajo; y después recuerdo de pronto que ya no existen para nosotros tales quebraderos de cabeza, lo cual me parece un sueño. A nadie le haría esta confesión más que á usted.

»Todo cuanto veo es hermoso y me admira; pero faltame tranquilidad... no estoy bastante familiarizada conmigo misma (no sé si comprenderá usted mi idea,) para hallar todo el placer que debiera. Por otra parte, mis recuerdos del pasado se mezclan de un modo singular con estas nuevas escenas: así, por ejemplo, en los Alpes me ha parecido á menudo (vacilo en decirle estas niñadas, aun á usted, querido señor Clennam,) que la prisión de la Mariscalía debía hallarse detrás de tal ó cual roca; y que la habitación de la señora Clennam, donde tanto he trabajado y donde ví á usted la primera vez, estaba oculta por alguna mole de nieve. ¿Se acuerda usted de aquella noche en que le hice una visita con Maggy en su alojamiento de Covent-Garden? Muchas veces, cuando miraba por la portezuela del coche, á la hora del crepúsculo, figurábase que aquella habitación viajaba á mi lado por espacio de varias leguas. La noche á que me refiero no pudimos entrar en la prisión, y vagamos por las calles hasta el amanecer. Con frecuencia miro las estrellas desde el balcón del cuarto en que le escribo, y sueño que me hallo aun errante por las calles con Maggy. Lo mismo me sucede respecto á las personas que dejé en Inglaterra: cuando salgo en góndola me parece que he de verlos en alguna de las embarcaciones que pasan á mi lado.

»También me sucede una cosa que le parecerá á usted extraña, como lo parecerá á todos menos á mí: es que él... no necesito nombrarle... me inspira la misma triste compasión de otras veces, por mucho que haya cambiado, y por satisfecha que esté al verle. Este sentimiento se apodera de mí á

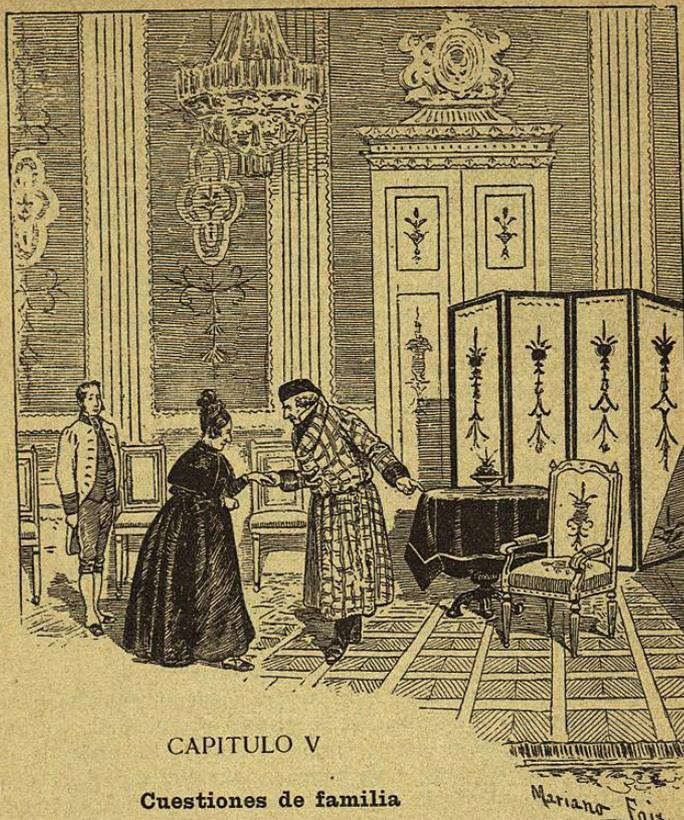
29089

menudo con tal fuerza, que quisiera abrazar á mi padre, decirle cuanto le amo y llorar un poco en su seno; pero sé que no debo ceder á semejante tentación, porque le desagradaría, sin contar que Fanny y la señora General lo juzgarían absurdo. Trato, pues, de calmarme, luchando no obstante contra la convicción de que jamás estuve tan lejos de él, y de que aun en medio de su numerosa servidumbre siente cansancio y necesitaría mis caricias.

»Querido señor Clennam, he hablado mucho de mí, y aún debo añadir algo, precisamente lo que más empeño tengo en decirle. Entre todas las locas ideas que me he tomado la libertad de confiarle, porque sé que sólo usted puede comprenderme, hay una cosa que me preocupa sin cesar... es la esperanza de que en sus ratos de ocio piense usted algunas veces en mí. Debo confesarle que desde mi marcha experimento sobre este punto una inquietud que á toda costa quisiera desechár. Temo que al pensar en mí me vea usted bajo un nuevo prisma, creyendo que he variado: no lo piense así, pues no podría resignarme á ello, ni sabe usted hasta qué punto me afligiría. Sólo figurarme que al pensar en mí pueda imaginar que ahora seré para usted más extraña de lo que era cuando tan bondadoso se mostraba conmigo, es cosa que me contrista el corazón. Lo que le pido por favor es que jamás me considere como la hija de un hombre rico; que no vea en mí una mujer que viste mejor ni vive con más comodidades que en la época en que me conoció. Acuérdesse sólo de la muchacha pobremente vestida que usted protegió con tanta ternura, y á quien secó los pies mojados junto al fuego encendido por usted. Piense en mí cuando tenga tiempo para ello, recordando mi leal afecto, mi eterna gratitud; piense en mí como en otro tiempo pensaba en su pobre amiga

»LA NIÑA DÓRRIT.»

«P. S.—No olvide usted, sobre todo, que no debe inquietarse tocante á la señora Gowan. «Es muy feliz y está perfectamente bien:» son sus palabras. ¡Y qué hermosa la encontré!»



CAPITULO V

Cuestiones de familia

Hacia dos meses que la familia Dórrit habitaba en Venecia, cuando el padre, que visitaba á tantos condes y marqueses que apenas le quedaba un momento libre, reservó, no obstante, cierta hora y cierto día para celebrar una conferencia con la señora General.

En el día y hora prefijados, el señor Dórrit dió orden á su ayuda de cámara, Tinker, para que fuera á saludar en su nombre á la viuda, indicándole que el jefe de la familia deseaba hablar con ella particularmente. Como era la hora en que todos tomaban el café en sus respectivas habitaciones, el ayuda de cámara encontró á la señora General y dióle cuenta de su mensaje. La dama contestó que estaba dispuesta á pasar